

Sandra Poveda Domínguez

4º ESO

FEMDL COLEGIO SANTA MARIA "MARIANISTAS" de Alboraya (Valencia)

## LA REALIDAD DEL CORAZÓN

*"Créame, querido lector, se lo ruego.*

*Nadie nunca me advirtió del poder de las palabras.*

*Nadie insinuó que yo, ingenua e inexperta criatura, inmersa en el corroído papel de esta libreta maltratada febrilmente por el éter, pudiera plasmar con la claridad exacta aquello que en este preciso momento, consciente o inconscientemente, necesitas escuchar".S.G*

Los rayos dorados, muestra de un atardecer ya cercano, bañaban inevitablemente la hierba que, tan suavemente, hacía acopio de su ligereza para mecerse, al son del viento de poniente. Mi mirada, sobre aquella hora, solía perderse en aquel mar dorado, hipnotizado por cada ola que rompía contra las rocas. No os podéis imaginar ni por un momento cuánto he querido formar siempre parte de aquella maravilla, surcando esas aguas... para mi por el momento, inalcanzables.

Sabía con certeza, aferrándome al ritmo rutinario, que mi hermano acababa de volver del cuidado de nuestro todavía fructífero huerto. Podía verlo claramente. Habría abierto la puerta de madera, con su habitual "¡Ey, Mamá, si supieras lo que me han contado hoy los tomates!" y habría añadido su resonante y característica carcajada de cansancio. Mi madre, riendo como de costumbre, habría bajado a abrazarlo, a pesar de su olor a tierra y mugre del campo. Esa... Esa era mi familia, y era imposible no adorarla.

Con esta imagen acomodada en cada rincón de mi cabeza y provocando en mí una media sonrisa, como de costumbre, apunté rápidamente en el margen superior de mi libreta "Acantilados Benitatxell, 8 de julio 1944" y la cerré, para desconocer cuándo se volvería a abrir.

Gracias al autobús que siempre esperaba a las siete en su parada, a cinco minutos a pie de donde me encontraba, pude llegar a mi casa una hora y media más tarde.

No solía escaparme a aquel lugar muy a menudo, tan solo un par de veces por mes. Pero una parte de mi alma siempre le pertenecería, surcando las olas, tumbada en la hierba de verano, escribiendo y escribiendo y... preguntando a las nubes el sentido de todo aquello, de que yo me encontrara allí, de que tuviera el inmenso privilegio de notar el aire entre mis pulmones y respirar, respirar, respirar...

¿Qué sería capaz de aportar al mundo?



- ¡Mamá, ya he vuelto! - Dejé el abrigo y la cartera en el perchero carcomido de la entrada y subí rápidamente los escalones de madera. Al llegar a mi habitación, dejé el peso de mi cuerpo sobre el colchón, molido por el tortuoso trayecto en autobús.

Miré al techo desconchado. "Un día más", pensé. No me acordaba de la última vez que había vivido algo fuera de la rutina, algo que me hiciera sentir que mi corazón seguía ahí.

Necesitaba un impulso, una pista, una llamada de atención inesperada, lo que fuera, pero lo necesitaba.

Estaban estos pensamientos superpuestos en mi inconsciente cuando la voz de mi madre, desde la cocina, me hizo despertar de mi habitual estado de hipnosis.

- Hijo, mañana nos vamos a la Biblioteca de Valencia. Tengo unos asuntos pendientes allí.

Y aunque yo nunca hubiera sospechado del giro que mi vida estaba a punto de sufrir, querido lector, así ocurrió.  
Esa era la tan ansiada señal.



Mi mirada, vivamente encendida, se perdía entre los pisos, pasillos, estanterías e eminentes personajes que poblaban cada estancia de aquella biblioteca, aunque procuraba que mi entusiasmo ante la situación no fuera excesivamente notable. Estudiantes, trajeados, profesores, trabajadores, dejaban huella en aquel lugar, en sus libros, en el aire que embriagaba la elegante construcción.

Mi madre me había obligado a vestirme con los zapatos de "las cosas importantes", como los llamaba ella. Incluso se empeñaba en peinarme los rizos que, tozudamente, amenazaban con mostrar todo su lado salvaje. Siempre me habían gustado así. A su aire.

Al cabo de no mucho tiempo, llegamos a una sala casi claustrofóbica, sin ningún tipo de encanto, comparándola claramente con el resto de las ilustres estancias. Mi madre entró cautelosa y me insinuó que me quedara en un banco cerca de la puerta, a su espera. Nada más asentí y ví la puerta cerrarse tras ella, supe que esa muestra de obediencia por mi parte pronto se convertiría en un vago recuerdo, del que solo quedaría la imponente mirada de mi madre.

Inicié la cuenta atrás. ¿Cuánto podría tardar? Diez, quince, veinte minutos a lo sumo, no era un encuentro que requiriera de mucho más. Ese tiempo era el que tenía para explorar, investigar, descubrir; necesitaba sacar mi alma joven a paseo, dejar que se impregnara del olor de los libros, del ambiente estudiantil, del olor a azahar que llegaba del jardín. Con las manos en los bolsillos de mi chaleco y entonando una melodía jubilosa, consideré que la biblioteca era una excelente candidata para ser la primera parada de mi excursión. Y... de verdad, ¿es necesario que describa cómo me sentí al ver todas aquellas fuentes de conocimiento? Apilados, ordenados dentro de un perfecto caos literario, de pie, del derecho, del revés, en las mesas, me era indiferente. El escenario seguía siendo glorioso. No tardé mucho en encontrar la colección completa de los libros de Julio Verne, con su *Veinte mil leguas de viaje submarino* a la cabeza. Oscar Wilde, Charles Dickens, Goethe, Miguel de Cervantes... Delicias escritas. Al acercarme a las estanterías, mi mano recorría todos y cada uno de los libros que allí descansaban, pasando por clásicos románticos, libros históricos, thrillers, fantasías y...

Me detuve.

Ciencia.

Saqué, curioso, aquel libro. Con una tipografía antigua, las palabras *Nuevos horizontes* resaltaban con letras doradas en la portada. Su olor impregnaba mis sentidos y estos me pedían más. Conseguí leer una dedicatoria. "Libro dedicado al avance científico, al descubrimiento de nuevas formas de progreso social gracias a la intachable ayuda de la ciencia en sus diferentes ramas".

Ciencia... Interesante. Ese no era el plan en un principio. Reí interiormente por la absurda capacidad que siempre había poseído de ser tan imperceptible como precipitado en mis ocurrencias. Pero... qué importaba ahora.

Me senté en una de las sillas de la mesa más cercana y apoyé el libro en ella, dispuesto a consumir el tiempo que me quedase allí.

No consigo, por más que lo intente, acordarme del momento en que aquél estudiante irrumpió en mi escenario, cogiendo una silla y sentándose enfrente de mí. Simplemente, cuando despegué la vista del papel, él ya estaba allí, con la cabeza apoyada en la mano, mirando fijamente unos documentos. Yo seguía mirando el libro frente a mí, pero intentaba, de reojo, atisbar el contenido de aquellos papeles. Leer del revés no era precisamente mi fuerte, pero intuí que se trataba de unos apuntes universitarios. ¿El tema? Medicina.

"Increíble, éste debe tener buen gusto" pensé. Busqué, con la mirada su nombre, escrito en algún rincón de aquel montón de información, o en alguna de sus libretas, o en una especie de diario marrón de polipiel que había sacado de su cartera, hacía apenas unos segundos.

Gracias a la curiosidad que me provocaba su identidad, el concepto "disimular" se fue desvaneciendo de mi rostro, hasta que me sorprendió mirando fija y descaradamente entre sus cosas. Él, al parecer, también se percató del libro que yo tenía enfrente, y, con un tono cercano y amable, se dirigió hacia mí para romper aquel silencio tan innecesario que había creado, sin ninguna intención.

- Así que, ¿te gusta la ciencia, muchacho?

Ipso facto, levanté la mirada hacia él, desconcertado por la pregunta. Tardé unos segundos en reaccionar, tanto como tardó la sangre en volver a regarme el cerebro.

- Eh, sí, bueno, en realidad es la primera vez que me llama la atención, señor.

Nada más escuchar mis palabras, fueron unas silenciosas carcajadas las que inundaron el espacio. Al menos, no quedaba rastro del silencio. Eso había mejorado.

- Por favor, no me llames señor, me hace parecer viejo y apenas acabo de terminar la carrera. - comentó, con una sonrisa bonachona - Me llamo Santiago.
- Y yo Gabriel, encantado. - y tras una larga pausa, añadí, con la mirada fija en mi libro - ¿No te parecen las células algo fascinante? ¿Cómo puede algo tan majestuoso, como el ser humano, salir de un *bichito* microscópico?
- Bueno, esa es la verdadera belleza. Cuando comprendemos que no hace falta algo grande para crear una cosa de igual tamaño, sino que a partir de un diminuto grano de arroz se puede dar lugar a maravillas, es entonces cuando daremos rienda suelta al progreso, chico.

Y tras una pausa, le pregunté.

- ¿Te consideras ese grano de arroz?
- ¿Perdón? - me preguntó.
- ¿Te crees capaz de hacer maravillas?
- Bueno, eh, yo...

En el momento en que sus palabras se disponían a salir como el flujo del agua de un manantial, un hombre notable, con un sombrero *fedora* y unas *wingtips* de la época, se aproximó rápidamente hacia él, ignorando completamente mi presencia, como si no existiera.

- Ya es la hora, Grisolfía. Recoja, nos esperan.

Segundos más tarde, le ví alejarse, cruzando la puerta, llevándose su cartera, pero dejando conmigo sus palabras. No sabía cómo, ni porqué, aquel veinteañero había dejado una pequeña huella en mí. Pero aunque fuera pequeña, la repercusión había sido increíble. "Entonces, puede salir de mí algo maravilloso..."

Al cabo de escasos minutos, me encontraba yo de nuevo sumergido en mi lectura cuando mi pie chocó accidentalmente con un objeto desconocido, debajo de la mesa. Mi cabeza se deslizó para comprobar de qué se trataba.

Y... allí estaba.

Un diario de polipiel marrón con unas iniciales escritas: S.G. Santiago Grisolfía. Ese nombre solo me sugería una cosa y no había sido casualidad aquel olvido.

¿Sabes cuál es la sensación de estar cien por cien seguro de hacer algo?

Yo sí. Y la sensación tenía nombre y apellido.

Y tenía que encontrarle.



Ya hacía dos semanas de mi casual encuentro.

Ya hacía dos semanas que por mi cabeza no pasaba otro nombre. Había indagado, había intentado seguirle la más mínima pista, pero qué iba a hacer yo, no sabía ni dónde vivía. También había sentido la necesidad de escaparme a aclarar la mente, a mis acantilados favoritos. Y allí estaba. De cara al mar, en el borde del abismo, aferrado a la tierra que me separaba de una caída estrepitosa, fatal.

Recordaba haber leído en su diario que por estas fechas partiría rumbo a los Estados Unidos, para seguir sus estudios allí, para contribuir en la ciencia. Comentaba que no estaba muy seguro de sí mismo, que tampoco sabía si en verdad podría aportar gran cosa. Tenía miedo al fracaso.

En verdad, todos hemos tenido pavor a la caída con estrépito, a no ser lo que se espera. Pero, ¿quién hubiera hecho progresar la sociedad si nunca se hubieran tomado decisiones por miedo al fracaso? Santiago tenía un gran potencial. Había leído sus notas, sus grandes ideas. Todas ellas eran granos de arroz dispuestas a formar parte de una gran paella. Y la paella es la ciencia, y el grano de arroz era él. Y ya lo había decidido. Yo también iría a los Estados Unidos. Sería su pupilo y nos sumergiríamos en el fascinante mundo de las ciencias, porque me había enamorado de ellas. Sería la aventura de mi vida. Por eso, no importaba cuánto me costara encontrarlo, esa era mi misión.

Ese mismo día, me adentré en la ciudad de Valencia, con la esperanza de reconocer su cara en algún rincón de una plaza, en una cafetería o el cualquier lugar, no importaba. Caminando por las calles, intentaba recordar su rostro con claridad, pero la imagen se tornaba difusa por momentos. En esto estaba yo distraído cuando, un coche, acelerado, me hizo retroceder inmediatamente para que no me arrollara, y en cuanto pasó por delante, le vi. Vi su cara tras el cristal de la ventanilla. Sin duda, era él.

No dudé en seguir el coche, gritando su nombre como un poseso, pero el auto iba demasiado rápido y ni siquiera reparó en mí.

Y fue entonces cuando caí en la cuenta. Hoy era el día de su partida a los Estados Unidos. Cogí rápidamente un taxi y le supliqué que siguiera al auto de Grisolia. Sin pensar, dicho y hecho, me vi a mí, en el asiento del copiloto de un taxi, persiguiendo a un veinteañero con el que apenas había tenido una conversación de más de cinco minutos, dispuesto a viajar a los Estados Unidos.

Perfecto. Era una completa locura. Había dejado hasta a mi familia, por el amor de Dios. A pesar de todo esto, intenté relajarme, respirar profundamente y decir: "Empieza la aventura"



Ya en el aeropuerto, bajé del taxi, al mismo tiempo que Santiago bajaba del coche en el que había llegado, acompañado por el mismo señor que se lo llevó de la biblioteca aquel día. Habría estado bien pensar en un plan, puesto que en ese momento no tenía ni la más remota idea de lo que hacer. ¿Cómo se suponía que me iba a colar yo, un joven de dieciséis años, en un avión hacia los Estados Unidos? Aún siendo absurdo, me acerqué lo más rápido que pude a él.

- ¡Santiago, Santiago! - grité, mientras corría hacia él.

Él se giró, identificando su nombre y al verme, alzó las cejas tanto sorprendido como extrañado.

- Ey, eres el chico de la biblioteca, ¿Gabriel, verdad? ¿Qué haces aquí?, ¿es que te vas de viaje?
- Eso pretendo. - mi risa nerviosa nunca había ayudado demasiado - Venía primero a devolverle esto. El valor de sus páginas es incalculable para la ciencia, estoy seguro. - y alargué el diario hacia él.

Al verlo, se le abrieron tanto los ojos que parecía que fueran a salir de sus órbitas. Acto seguido, lo cogió y me envolvió en un abrazo, del tipo de los que te reconfortan a la vez que te descolocan cada hueso de tu cuerpo.

- Mil gracias, Gabriel. De verdad, no sabes lo increíblemente importante que es esto para mí. Te estaré eternamente agradecido. ¿Hay algo que pueda hacer por tí?

Tal vez... tal vez sí existía un plan. La típica bombilla que se suele situar pocas veces encima de mi cabeza se encendió.

- Oh, por supuesto que puedes hacer algo por mí. - e hice un esfuerzo por dibujar mi mejor sonrisa de niño bueno.



América.

Era mi primera vez allí. Las interminables horas de vuelo habían valido la pena.

No podía creer que aquello fuera posible, que yo estuviera allí con él, eso sí, no teniendo ni una gota de conocimiento sobre inglés, ni, a lo sumo, sobre ciencia.

Pero, gracias a unas casualidades de última hora, manejando algunos hilos, nos encontrábamos rumbo a nuestras futuras vidas, como un equipo, dos enamorados de la ciencia dispuestos a hacer progresar al mundo.

A partir de ese momento, Santiago fue en gran medida reconocido por sus compañeros, por las personas que le rodeaban, como un gran investigador, propulsor del conocimiento y la investigación. Fueron excelentes sus contribuciones en el mapa del genoma humano, reuniendo a gran cantidad de Premios Nobel para ello.

Cuando decidió volver a nuestra tierra, a Valencia, yo le acompañé en todo momento, porque ya no éramos dos personas diferentes, sino una sola.

Desde entonces y a lo largo de su vida, grandes cantidades de personas le han tomado como referente.

Y Santiago ya no es el mismo que algún día fue.

Ya no es ese señor que se sentó en una silla en la biblioteca de Valencia, ensimismado en la medicina, y se inventó la historia de un niño de dieciséis años, llamado Gabriel, porque no encontraba la suficiente fuerza en él mismo como para sentirse capaz de contribuir a la sociedad. Necesitó un amigo que le hiciera creer, que estuviera dispuesto a dejarlo todo para irse con él a los Estados Unidos, y nunca dejar de creer en sus posibilidades.

Ya no es aquel que dudaba sobre su futuro, sobre si conseguiría ser un grano de arroz en la paella de la ciencia.

Y pasamos toda una vida buscando una aventura, cuando la verdadera aventura era la ciencia.

Ahora, él nos deja un mensaje: "Si no pedaleas, te caes"

Y él nunca dejó de pedalear.

Nunca.

¿Y si el próximo Santiago, eres tú?



- ¡Bieeeeeen! ¡Otra vez, otra vez!
- No, cielo, es hora de irse a la cama.
- Papi, papi, pero entonces... ¿Gabriel fue real?

Y, mirando hacia mi diario de polipiel marrón, encima de la mesita, dije.

- Cariño, en mi corazón siempre lo fue.

*"Créame, querido lector, se lo ruego.*

*Nadie nunca me advirtió del poder de las palabras.*

*Nadie insinuó que yo, ingenua e inexperta criatura, inmersa en el corroído papel de esta libreta maltratada febrilmente por el éter, pudiera plasmar con la claridad exacta aquello que en este preciso momento, consciente o inconscientemente, necesitas escuchar".S.G*

GENERALITAT VALENCIANA  
CONSELYERIA DE CULTURA  
Data:

30 MARÇ 2023

Núm. <i>32</i> .....	Núm. ....
ENTRADA	EIXIDA